

PERSONAJES JIENNENSES EN LA OBRA DE PÉREZ GALDÓS

Por Aurelio Valladares Reguero
Consejero Supernumerario del I.E.G.

RESUMEN

Como muestra del interés que tiene la producción literaria de Pérez Galdós para el conocimiento de la historia de España, se hace un repaso de los personajes jiennenses (o relacionados con esta provincia) que aparecen en su obra narrativa, unos pertenecientes al pasado y otros contemporáneos del novelista. Todo ello demuestra la rigurosidad con que procedió el autor a la hora de escribir, aspecto que se hace bien patente en este caso, ya que en su vida apenas tuvo relación con la provincia de Jaén.

INTRODUCCIÓN

NO creo que sea una exageración afirmar que la obra de Benito Pérez Galdós constituye el tratado más completo sobre la historia de España del siglo XIX. Y esto, a pesar de que nos encontramos ante un conjunto de obras literarias, cuyas pretensiones estéticas deberían, en principio, prevalecer sobre el contenido que sirve de marco para la trama narrativa. Parecería impensable imaginar un tratado histórico sobre la pasada centuria que no tuviera en cuenta, en mayor o menor medida, el corpus novelístico galdosiano, no sólo sus *Episodios Nacionales*, que cubren el espacio cronológico comprendido entre los años 1805-1880, sino también sus novelas propiamente dichas, en las que latén tantos y tantos personajes y situaciones sacados de la sociedad en que le tocó vivir.

Pero hay más, porque el novelista canario no se limita a reflejar la España que conoció, sino que sabe interpretar esos momentos en el contexto de la Historia general de nuestro país, donde se encuentran, como no podía ser menos, las claves necesarias para una mejor y más completa comprensión del presente.

No es mi pretensión ahora, lógicamente, resaltar estos aspectos, que, por otra parte, ya han sido apuntados con precisión por especialistas en la materia (1). Simplemente voy a detenerme en el análisis de los personajes jiennenses (o relacionados con nuestra provincia) que aparecen a lo largo y ancho de la obra narrativa de Pérez Galdós.

Se trata (quiero dejarlo patente desde el principio) de un tema un tanto circunstancial. Porque, en efecto, los personajes que nos van a salir no son precisamente de primer rango, sino que más bien forman parte de ese elenco numeroso de protagonistas menores que pululan por su copiosa obra. Ahora bien, ello sí nos va a permitir contrastar el grado de conocimiento que Galdós tenía tanto de la España del presente como de la del pasado, circunstancia que hace aún más meritoria su magna empresa narrativa.

Y no voy a centrarme, como alguien quizá pudiera adivinar por el título del trabajo, en el «Episodio Nacional» de *Bailén*, parte del cual, tiene por escenario, obviamente, las tierras jiennenses; sino en los personajes que aparecen en las restantes obras, cometido para el que me ha sido de gran utilidad —debo confesarlo— el «censo» que ofrece Federico Carlos Sáinz de Robles en su edición de *Obras completas*, tanto en la parte referida a los *Episodios Nacionales*, como a las *Novelas* (hecha la excepción de la novela *Rosalía*, descubierta y publicada posteriormente), si bien con la dificultad de que sólo indica la obra en que aparece, sin especificar siquiera el capítulo o capítulos, lo que me ha obligado a la revisión completa de las obras en cuestión.

El recuento que he llevado a cabo (posiblemente se me haya escapado algún detalle) depara un resultado que, si no importante por el número y relevancia de los personajes, al menos se hace interesante, no sólo porque nos revela la técnica narrativa del autor, pormenorizada y rigurosa en su proce-

(1) Entre los muchos estudios publicados sobre el particular, quisiera mencionar, a título de ejemplo, dos trabajos recogidos en el número monográfico dedicado a Galdós por la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (núms. 250-252, 1970-1971). Me refiero, en concreto, al de Carlos Seco Serrano «Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica» (págs. 256-285) y al de Vicente Llorens «Historia y novela en Galdós» (págs. 73-82).

der, sino también desde el punto de vista particular de nuestra provincia, ya que proporciona un elemento más de juicio sobre la personalidad de cada uno.

Bajo estos presupuestos, pues, voy a trazar mi análisis, en el que nos toparemos tanto con personajes del pasado como contemporáneos del novelista. Por ello lo dividiré en dos apartados, en cada uno de los cuales irán ordenados alfabéticamente. En cada caso, aparte de recoger las citas expresas de los textos galdosianos, agrego algunos comentarios tendentes a facilitar la tarea comprensiva del lector.

El conjunto resultante es bastante variado. Nos saldrán personajes de todos los tipos: escritores, políticos, militares, obispos, periodistas, médicos...; hasta incluso personajes de ficción creados por autores anteriores. En la mayoría de las ocasiones su presencia se debe, como es lógico, al relieve que tuvieron a nivel nacional. Porque no hay constancia de que el autor canario tuviera relación con la provincia de Jaén, fuera de la información que pudo recabar para la elaboración del «Episodio» de *Bailén* o la visita, ya tardía, que hizo a la capital el 26 de diciembre de 1906, invitado por el jiennense Manuel Ruiz Córdoba, de la que daría cuenta el periódico *La Regeneración* en su edición del 29 del mismo mes (2).

A) PERSONAJES DEL PASADO

1. Bedmar, Marqués de

Aunque nacido en Granada (fue bautizado en la iglesia de Santa María de la Alhambra el 25 de julio de 1574), Alonso de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar, pertenecía a una noble familia muy relacionada con la provincia de Jaén, ya que su padre, don Luis de la Cueva, era señor de la villa jiennense de Bedmar, lugar al que se trasladó la familia cuando aquél tenía aproximadamente un año. Aquí vivió hasta los catorce (1579), fecha en que la familia se dirige a las Islas Canarias, al ser encomendado al padre el cargo de Gobernador, Capitán General y Presidente de la Audiencia en el citado archipiélago (3). Esta relación con la villa de Bedmar nunca

(2) Para este asunto puede verse el artículo de Manuel Caballero Venzalá publicado en el diario *Ideal-Jaén* y luego recogido en su libro *Semblantes en la niebla*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1993, págs. 303-307.

(3) Estos pormenores biográficos aparecen recogidos en el trabajo de José Manuel Troyano Chicharro: «Don Alonso de la Cueva Benavides y Bedmar (1574-1614)», publicado en *Sumuntán* (núm. 7, 1996, págs. 219-228), revista del Colectivo de Investigaciones de Sierra Mágina (Jaén).

la perdería, hasta el punto de que en su testamento, suscrito en Roma el 28 de abril de 1651, dejó mandas expresas en favor de la iglesia de la Asunción de dicha población, así como de sus habitantes (4).

Por lo que ahora nos importa, es preciso recordar que nuestro personaje fue nombrado por Felipe III embajador en Venecia (1607), cargo cuyo desempeño le acarrearía más tarde la acusación de haber tomado parte en la famosa «Conjuración» (1618), en favor de la corona española, lo que llevó a un cambio de destino a Flandes. Más tarde renunció al marquesado y recibió el capelo cardenalicio (1622). Fue obispo de Málaga y de Oviedo, ciudad esta en la que murió (1655).

A su actuación como embajador en Venecia se alude en la novela más célebre de Pérez Galdós. En efecto, durante el viaje de novios de Jacinta y Juanito Santa Cruz, desde Barcelona a Valencia, aquél hace comentarios sobre sucesos y personajes históricos relacionados con el Mediterráneo ante su esposa, que sabe poco de estos temas. Una de estas citas corresponde a «Venecia y el marqués de Bedmar» (*Fortunata y Jacinta*, 1.^a-V-iv, OC-N, II, pág. 488b) (5).

Fuera de este personaje histórico, merece resaltarse el hecho de que una familia que hace acto de presencia en varios *Episodios Nacionales* (esta vez como personaje de ficción) recibe, precisamente, el nombre de «Marqués de Bedmar». Veámoslo a continuación.

1. Se trata de una familia de posición acomodada, residente en Madrid, de las pocas que puede permitirse el lujo de veranear fuera de la capital. En una carta de Fernando Calpena, protagonista de esta tercera serie de los *Episodios Nacionales*, a su madre, Pilar de Loaysa, comenta cómo el calor del verano ha hecho que algunas familias de las más distinguidas hayan dejado Madrid: «A Francia y a las provincias no sé que hayan ido más que las Montufares, la de Santa Cruz, Salamanca, Osuna, Bedmar...» (*Los ayacuchos*, cap. XXI, OC-EN, II, pág. 1212b).

(4) Puede verse, a este respecto, el artículo de José Manuel Troyano Viedma y José Manuel Troyano Chicharro: «Bedmar en el testamento de don Alonso de la Cueva», aparecido en la mencionada revista *Sumuntán* (núm. 10, 1998, págs. 237-242).

(5) Las citas de Pérez Galdós se hacen por la edición de Federico Carlos Sáinz de Robles: *Obras Completas. Episodios Nacionales*, 3 tomos, Madrid, Aguilar, 1965; *Obras Completas. Novelas*, 3 tomos, Madrid, Aguilar, 1973 (en abreviatura: OC-EN y OC-N, respectivamente).

2. Es amigo José García Fajardo, protagonista de la cuarta serie de los *Episodios*, hasta el punto de que éste, en el apartado de sus memorias correspondiente al 4 de mayo (1848), a raíz de un incidente que se va a dirimir mediante duelo, cuenta lo siguiente: «Quise nombrar padrino a Bedmar, amigo mío que me distingue y considera, pero no habiendo podido encontrarle a tan avanzada hora elegí a Bermúdez de Castro y a Guillermo Aransís» (*Las tormentas del 48*, cap. XX, OC-EN, II, pág. 1423b).

3. Doña Eufrasia Carrasco, esposa de don Saturnino de Socobio, cuando éste se dispone a presentar unos papeles a sus contertulios, ella comenta: «No es necesario leerlo. Hartos están de saber los señores del margen que si se exceptúan tres o cuatro próceres, como Berwick, Bedmar y Vistahermosa, media docena de propietarios ricos, y otra media de fabricantes, los cuales, entre paréntesis, vienen al Congreso engañados y para dar a la reunión algún viso de independencia; exceptuando esos poquitos, todos, todos cobran sueldo en una forma o en otra» (*Narváez*, cap. II, OC-EN, III, pág. 1532a).

4. Hablando de Telesforo del Portillo, amigo del protagonista de la cuarta serie, se dice: «Provino su desgracia de habersele descubierto con-comitancias con el marqués de Bedmar, el de Uclés y otros acreditados alfonsinos» (*Narváez*, cap. II, OC-EN, III, pág. 1532a).

5. Durante la representación de la ópera *Roberto el Diablo*, Leonarda Bravo («Leona la Brava») hace comentarios con el protagonista, Tito Liviano, sobre algunos de los asistentes: «En la platea de abajo, la de Montúfar, guapa, carnosa. Tras ella, el marqués de Bedmar» (*Cánovas*, cap. I, OC-EN, III, pág. 1276a-b).

2. Cueva, Beltrán de la

Este controvertido personaje, nacido en Úbeda a comienzos del siglo xv (h. 1405) y muerto en la villa segoviana de Cuéllar (I-XI-1492), ha pasado a la historia no tanto por sus servicios en la Corte de Castilla (por los que le sería concedido el título de Duque de Alburquerque) cuanto por su fama de conquistador, circunstancia que fue determinante en la sucesión monárquica, al atribuírsele la paternidad de doña Juana, hija de la esposa del rey Enrique IV «el Impotente», apodada por este motivo «la Beltraneja».

De ello parece hacerse eco el autor canario en la primera de sus nove-las, cuando París, personaje que representa al típico «don Juan», hablando con el protagonista, el doctor don Anselmo, dice: «...así que me llamo Pa-

rís, Egisto, Norris, Paolo, Buckingham, Beltrán de la Cueva, etcétera, según la tierra que piso y las personas con quienes trato» (*La sombra*, cap. II, ii, OC-N, I, pág. 211b).

3. Juan de Ávila, Maestro (San)

Llamado «Apóstol de Andalucía», fue quien puso en marcha la Universidad de Baeza, hito fundamental en la historia religiosa y cultural de nuestra provincia. Pérez Galdós alude a él en una de sus más extensas y célebres novelas. Al describir a un personaje de Turleque (Toledo), lo hace de esta forma: «El otro, todo humildad y compostura, tenía cara de santo, pareciéndose mucho, pero mucho, al retrato del *Maestro Juan de Ávila*, obra del Greco, que es una de las mejores galas del Museo Provincial» (*Ángel Guerra*, 3.^a, III, iii (OC-N, III, pág. 285b).

No es extraño que el novelista hable de la «cara de santo» del personaje que se parece al Maestro Ávila, porque como tal ha sido siempre considerado éste, a pesar de los problemas que tuvo con la Inquisición por sus antecedentes judeo-conversos, como si adivinara que más tarde (hace unos años) iba a ser elevado, por fin, a los altares. El referido retrato se encuentra hoy día en el Museo del Greco de la capital toledana. No todos los críticos coinciden en la atribución al famoso pintor. Uno de los que la ha defendido es Cossío, quien la fecha entre 1594 y 1604.

Esta referencia no es, ni mucho menos, un caso aislado en la obra de Galdós, en la que cobra una importancia considerable el arte pictórico, aspecto especialmente notable en la novela ahora citada, donde el arte religioso de la ciudad de Toledo le sirve para perfilar el retrato del protagonista, Ángel Guerra, según han demostrado, entre otros, J. J. Alfieri (6) y Peter A. Bly (7).

4. Juan de la Cruz, San

Son dos las referencias que hace nuestro novelista al santo carmelita, tan ligado a las tierras de Jaén, muerto en Úbeda en la madrugada del día 14 de diciembre de 1491.

(6) «El arte pictórico en las novelas de Galdós», *Anales galdosianos*, Pensylvania, III, 1968, págs. 79-86.

(7) *Vision and the visual arts in Galdós. A study of the novels and newspaper articles*, Liverpool, Francis Cairns, 1986. A la novela *Ángel Guerra* dedica las págs. 201-210.

1. En uno de los *Episodios Nacionales* dice la monja Marcela a don Beltrán de Urdaneta: «En opinión del beato padre San Juan de la Cruz, tratándose de trabajos, cuanto mayores y más graves son, tanto mejor es la suerte del que los padece». Pero él replica: «Déjeme a mí de padres beatos de la Cruz —le contestó Urdaneta— que la que tengo yo sobre mí pesa bastante...» (*La campaña del Maestrazgo*, cap. XI, OC-EN, II, págs. 805b-806a).

La cita que ofrece la monja puede corresponder, aunque no literalmente, al comentario en prosa de San Juan de la Cruz a su poema *Llama de amor viva* (II, 23-30) (8).

2. En las lecciones que imparte el protagonista de *El amigo Manso*, Máximo Manso, a Manolo Peña, hijo de su amiga y vecina doña Javiera, que le había encomendado la formación del muchacho, le dice que empiece por los poetas y especifica: «Yo le veía palidecer, inflamarse, reflejando en su cara la tristeza o el entusiasmo, según que leíamos o comentábamos este o el otro lírico, fray Luis de León, San Juan de la Cruz, o el enfático y ruidosísimo Herrera» (*El amigo Manso*, cap. IV, OC-N, I, pág. 1194a).

Si bien no sorprende la cita primera de la prosa sanjuanista, sí resulta mucho más significativo, en la segunda, que la obra poética del santo figure entre las lecturas que hacen maestro y discípulo, junto a las de los otros dos grandes poetas de la segunda mitad del siglo XVI (Fray Luis y Herrera). Téngase en cuenta que tardó mucho en valorarse al santo como poeta, ya que durante siglos su obra era considerada casi exclusivamente como objeto de lectura piadosa. El discurso de ingreso en la Academia de Menéndez Pelayo (1881) y la posterior reivindicación de los poetas del 27, muy en particular, fueron los hitos que elevaron a San Juan de la Cruz hasta la más alta cima de la lírica, tal y como hoy es tenido. Así pues, esta cita de Galdós, posiblemente influenciada por la opinión del polígrafo santanderino (la novela *El amigo Manso* se publicó un año después, en 1882) tiene un enorme interés para la crítica literaria.

5. Manrique, Jorge

Parece estar ya hoy fuera de toda duda que el célebre autor de las *Coplas* no pudo nacer en la villa palentina de Paredes de Nava, sino en cualquiera de los pueblos de la Sierra de Segura que pertenecían a la enco-

(8) Cfr. *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1964, págs. 861-865.

mienda de su padre don Rodrigo y de donde era natural la esposa de éste y madre del poeta. Su niñez, cuando menos, debe ligarse a la casa de la familia que todavía se conserva en la población jiennense de Segura de la Sierra.

Pues bien, con independencia de estas cuestiones, cabe reseñar que el narrador de *Ángel Guerra*, refiriéndose a los asistentes a una comida de doña Catalina de Alencastre en una posada, con presencia del protagonista de la novela, dice: «...pero el habla de todos ellos era gallarda, noble en su elemental rudeza, bien matizada de acentos y inflexiones robustas, y, si no enteramente limpia de algún feo barbarismo, de los que suenan en las ciudades y repercuten en las aldeas, retumbaba como párrafos de Mariana o metros de Jorge Manrique» (*Ángel Guerra*, 2.^a, III, vi, OC-N, III, pág. 165a).

Como puede comprobarse, la cita que hace el novelista canario se enmarca en un contexto un tanto negativo, si bien ello lleva implícito el hecho de que muchas gentes recitaban de memoria los versos manriqueños, muy probablemente pertenecientes a las *Coplas*, una de las obras más renombradas, en todas las épocas, de la literatura española.

Precisamente, una clara reminiscencia de la celeberrima composición manriqueña, y más en concreto el tema del *Ubi sunt?*, puede verse en esta exclamación de Patricio Sarmiento, maestro de escuela que sin duda debía de conocer las *Coplas* (9): «¡Oh! Pasaron aquellos tiempos de gloria... ¡Todo ha caído, todo es desolación, muerte y ruinas! Aquellos adalides de la Libertad, que arrancaron a la madre España de las garras del despotismo; aquellos fieros leones matritenses, que, con sólo un resoplido de su augusta cólera, desbarataron a la Guardia real, ¿qué se hicieron? ¿Qué se hizo de la elocuencia que relampagueaban, tronando en los cafés, con luz y estruendo sorprendentes? ¿Qué se hizo de aquellas ideas de emancipación que inundaban de gozo nuestros corazones? Todo cayó, todo se desvaneció en tinieblas, como lumbre extinguida por la corriente de las aguas» (*El terror de 1824*, cap. I, OC-EN, I, pág. 1698a-b).

6. Martínez Montañés, Juan

En otro de los *Episodios*, hablando de Martín Echaide, arriero jefe del servicio de espionaje del general Espartero, se nos dice: «Lo primero que

(9) A este asunto, incluida la cita que aquí se ofrece, alude Rubén Benítez en su estudio *La literatura española en las obras de Galdós. Función y sentido de la intertextualidad*, Murcia, Universidad, 1992, págs. 15-16.

hizo Echaide, después de albergar sus caballerías, rompiendo como pudo por entre la militar turbamulta, fue dirigirse a cumplir sus devociones de costumbre ante el célebre *Cristo* de Montañés, que se venera en la iglesia parroquial de Ariznoa. Largo rato estuvo allí en compañía de *Quilino* (a quien ya más comúnmente llamaban *Patarrastrando*), y cuando acabaron de rezar ante la imagen con extraordinaria edificación, en la misma nave oscura del templo le dio las instrucciones que creía pertinentes» (*Vergara*, cap. XX, OC-EN, II, pág. 1014a).

Efectivamente, en la iglesia de San Pedro de Ariznoa, en la población guipuzcoana de Vergara, se venera dicha imagen, atribuida durante mucho tiempo al artista Juan Martínez Montañés (Alcalá la Real, 1568-Sevilla, 1648). Sin embargo, no es de él, sino de su más destacado discípulo, el cordobés Juan de Mesa (1583-1627), escultor desconocido para la crítica hasta el año 1882, fecha en que, por primera vez, lo cita José Bermejo al hacer la historia de las cofradías sevillanas. Así pues, aunque la redacción de este *Episodio* es posterior (1899), parece lógico que Galdós, siguiendo la opinión generalizada, diga que esta imagen es de Montañés. María Elena Gómez-Moreno, al estudiar la figura de Juan de Mesa, afirma a este respecto: «En el mismo año [1622] contrata la hechura de un Cristo de la Agonía para Juan Pérez de Irazábal, contador real en Sevilla, quien lo regaló más tarde a la iglesia de San Pedro, de Vergara. Es la obra maestra de Mesa, la más original suya, donde se revela con mayor claridad su disidencia temperamental con el maestro [Martínez Montañés]. Es un Cristo expirante que se yergue, apoyándose sobre los pies clavados, para dilatar el pecho en un último esfuerzo que tensa violentamente los músculos; la cabeza se alza y el rostro dolorido se vuelve hacia el cielo. El desnudo... es también enteramente naturalista, y su posición acentúa el ligero retorcimiento barroco habitual en Mesa, pues las piernas se vuelven un poco hacia la izquierda y el torso, hacia la derecha. La corona de espinas, muy mutilada, sale de la misma madera...» (10).

7. Olavide, Pablo de

Son cuatro las citas que he localizado de este político y escritor ilustrado (Lima-Perú, 25-I-1725-Baeza, 25-II-1803), tan importante en la his-

(10) *Ars Hispaniae*. Vol. XVI: *Escultura del siglo xvii*, Madrid, Edit. Plus Ultra, 1963, pág. 174. Debo dejar constancia de gratitud a mi amigo Joaquín Montes Bardo, experto profesor de Arte, por sus oportunas orientaciones sobre este particular.

toria de nuestra provincia, particularmente por haber sido el artífice de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena (con capital en La Carolina) y haber escogido la ciudad de Baeza, donde residía una sobrina, para pasar los últimos momentos de su vida.

1. En el capítulo I de *La Fontana de Oro*, titulado «La Carrera de San Jerónimo en 1821», nos describe varios establecimientos, entre ellos una librería, cuyo escaparate mostraba varias obras de autores extranjeros y españoles. Refiriéndose a estos últimos menciona: «Algunas obras de Montiano, Porcell, Arriaza, Olavide, Feijoo, un tratado de lenguaje de las flores y la *Guía del comadrón* completaban el repertorio» (*La Fontana de Oro*, cap. I, OC-N, I, pág. 13).

2. Más precisa, en cuanto a las obras de Olavide, es esta otra cita de la novela *Rosalía*, desconocida hasta hace poco y recuperada, en gran parte del texto, por el profesor Alan Smith.

Al hacer la presentación de don Juan Crisóstomo de Gibralfaro, padre de Rosalía, habla de los libros que había en su casa, entre los cuales «*El evangelio en triunfo* de Olavide llenaba el hueco de las [obras] filosóficas» (*Rosalía*, cap. II; edic. de Alan Smith, Madrid, Cátedra, 1983, pág. 19).

El evangelio en triunfo, o historia de un filósofo desengañado, en 4 vols. (Valencia, Hermanos Orga, 1797), que en los seis años que le quedaban de vida al autor conoció ocho ediciones más, es sin duda la obra más famosa de Olavide. Escrita después del penoso proceso al que le sometió la Inquisición, supone un cambio sustancial en su forma de pensar, ahora ya de acuerdo con el pensamiento oficial de la iglesia católica, con la que trató de congraciarse.

3. A la misma obra se alude en uno de los *Episodios Nacionales*. Así, en una carta de don Serafín de Socobio a don Fernando Calpena (protagonista de la tercera serie) le habla de la visita que hizo al brigadier Linaje (muy afecto al general Espartero), aclarándole: «Causóme no poca sorpresa ver gruesos libros en la mesa del mísero cuarto en que me recibió, y de pronto subió mi asombro viendo que eran obras místicas: el *Tratado de la paciencia*, de Malón de Chaide; la *Vida de Cristo*, del padre Nieremberg; el *Evangelio en triunfo*, de Olavide, y algo más que no recuerdo» (*Los ayacuchos*, cap. XII, OC-EN, II, pág. 1186b).

4. Diferente es el caso de otro *Episodio*, anterior al que acabamos de citar, donde se alude indirectamente a los problemas que el Superintendente tuvo con la Inquisición por sus ideas ilustradas.

Don Patricio Sarmiento, que regentaba una escuela de niños y a quien apasionaba la política, en una conversación con el Jefe de Superintendencia de Policía y de la Comisión militar, Francisco Chaperón, y los padres mercedarios Salmón y Alef, que visitaban a los presos, dice: «Pues al padre Alef, que me está oyendo y que es persona apreciableísima, ¿no se le acusó en otro tiempo de volteriano? ¿No le tuvo entre ojos la Inquisición? ¿No decían que antaño era amigo de Olavide y que después se había condecorado con los realistas? Esto se dijo. ¿Hemos de hacer caso de las necesidades del vulgo?» *El terror de 1824*, cap. XXVI (OC-EN, I, pág. 1783b).

8. Ruiz, Juan, «Arcipreste de Hita»

El novelista canario parte de la base, comúnmente aceptada, de que el Arcipreste de Hita era natural de Alcalá de Henares, pensando que ésta es la población a la que alude en el primer verso de la copla 1510 de su *Libro de buen amor* («Fija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá»). Hoy, sin embargo, después de las recientes investigaciones de varios especialistas (Sáez, Trenchs, Juan Lovera, Martín Martín, Sena Medina...), se piensa que su patria chica fue Alcalá de Benzaide (Alcalá la Real) (11). No obstante, vamos a recordar tres citas de Pérez Galdós relativas a este célebre autor medieval, en dos de las cuales encontramos la circunstancia apuntada.

1. En el *Episodio* titulado *Carlos IV en la Rápita* aparece Mosén Juan Ruiz Hondón, vicario de Udecona, capitán de una partida de carlistas. Este arcipreste, natural de Alcalá de Henares, en un momento determinado recita tres oraciones marianas «arcaicas», sobre las que aclara el estudiante enamorado Juan Santiuste, curioso personaje presente en varios *Episodios*: «Las oraciones que acaba usted de recitar —le dije— son del arcipreste de Hita, varón docto, muy devoto de Nuestra Señora, poeta y sabio, aficionadísimo al buen vivir y al trato de mujeres, según él mismo nos cuenta en su magno *Libro del buen amor*. Menos en lo de acaudillar tropas y andar en guerra contra cristianos, usted y él en todo entiendo yo que se parecen; y para completar la semejanza, el de Hita era como usted, arcipreste, y también se llamaba Juan Ruiz...». Y se agrega: «Ya tenía entre los dientes mi amigo algún discreto comentario sobre su semejanza con el de Hita, glorioso poeta,

(11) Puede verse, a este respecto, el trabajo de Jacinto Martín Martín y Guillermo SENA MEDINA: *Juan Ruiz de Cisneros. Arcipreste de Hita. ¿Fin de un enigma?*, Granada, Colección Alfacar [La Carolina, Gráficas Ramírez], 1994.

cura, gastrónomo y mujeriego del siglo XIII, cuando su atención fue repentinamente sustraída...» (*Carlos IV, en la Rápita*, cap. XXI, OC-EN, III, pág. 397b). Sobre este particular hay que agregar que una de las tres oraciones marianas sirve para concluir el capítulo XXII (*Ibíd.*, pág. 402a).

2. La misma situación encontramos en una de las novelas galdosianas de la última etapa.

En la conversación que mantienen la Madre, personaje que representa a una España intemporal, y el protagonista, Carlos de Tarsis, transformado por encantamiento en Gil, interviene la primera con estas palabras: «Aque-llas luces esparcidas —le dijo— son la claridad nocturna de un pueblo mío muy querido, Alcalá de Henares, por tantos títulos famoso en mis estados. No entremos en la ciudad que ilustraron Cervantes, Cisneros y mi salado Arcipreste» (*El caballero encantado*, cap. XXIV, OC-N, III, pág. 1120b).

3. Diferente es el caso de otra novela de la misma época, donde se trata de una escueta mención del referido poeta.

En la acotación inicial de la escena VIII de la jornada II de esta novela dialogada, al modo de una pieza dramática, al presentarnos a doña María de la Cerda, se dice: «Lee a Dante y a Shakespeare en sus propias lenguas; le son familiares el Aretino, el Arcipreste de Hita y Brantôme. Es, en fin, mujer de literatura y de historia» (*Cassandra*, II, vii, OC-N, III, pág. 948b).

El Arcipreste de Hita es, sin duda, el autor medieval español que más llamó la atención de Galdós, seguramente influido por los importantes estudios que en su época se hicieron sobre el autor del *Libro de buen amor*, como ha demostrado Rubén Benítez en un extenso apartado de su libro ya citado, donde apunta, además, ciertas reminiscencias del famoso poeta en otros clérigos que aparecen en novelas galdosianas (don Silvestre Romero, de *Gloria*; el cura Pedro Polo, de *El doctor Centeno y Tormento*, y don Romualdo, de *Misericordia*) (12).

9. El pintor Orbaneja

Aun con todas las reservas que el asunto anunciado conlleva, no he querido resistir a la tentación de traer a colación a este curioso pintor, que creo

(12) *La literatura española en las obras de Galdós...*, págs. 27-46.

inspirado en el homónimo cervantino, natural de Úbeda, si bien en ambos autores se trata de un simple personaje de ficción.

En la parte de las memorias del protagonista de la cuarta serie de los *Episodios*, José García Fajardo, correspondiente al 1 de mayo (1848), describe la casa de don Feliciano de Emparán, a cuya hija María Ignacia quería la familia casar con él. Se trata de una casa «antigua, reformada, grandona, irregular...» (pág. 1418a) y llena de cuadros, de los que nos importa este detalle: «vi santos y frailes de diferentes Órdenes, de mano de Orbaneja». Y agrega: «Como pintura estos retratos merecen el fuego, salvando sus espléndidos marcos» (*Las tormentas del 48*, cap. XIX, OC-EN, II, pág. 1418b).

Federico Carlos Sáinz de Robles, en el «Ensayo de un censo de personajes galdosianos», recogido al final de su edición, apunta sobre este artista: «Pintor mediocre de santos y frailes de distintas órdenes», constatando su presencia en este *Episodio* (Ibíd., III, pág. 1663b). Ni él conoce, ni yo tampoco, a ningún pintor de este nombre. Ahora bien, dada la devoción que Galdós profesaba a Cervantes (13), mucho me temo que, al consignar el nombre de Orbaneja, el novelista canario estuviera pensando en el pintor Orbaneja de Úbeda, personaje de ficción citado dos veces en la segunda parte del *Quijote* (cap. III y LXXI) (14).

Por otra parte, conviene recordar que el «Episodio» de *Bailén*, en opinión de la crítica especializada, está todo él inspirado por la figura de don Quijote. Así, cuando el protagonista, Gabriel Araceli, recorre las tierras manchegas, en su camino desde Madrid a Andalucía, de inmediato le viene a la mente el héroe cervantino, cuya grandeza de pensamiento «no se comprende sino en la grandeza de la Mancha» (cap. VI, pág. 487a). Y esto dice al comienzo del capítulo VII: «Así es la Mancha. Al atravesarla no podía menos de acordarme de *Don Quijote*, cuya lectura estaba fresca en mi imaginación» (OC-EN, I, pág. 487b).

(13) Son varios los estudios que han destacado la relación de nuestro novelista con el autor del *Quijote*, entre los que cabe citar el artículo de Rodolfo Cardona «Cervantes y Galdós» (*Letras de Deusto*, núm. 8, julio-diciembre 1974, págs. 189-205) y el libro de Rubén Benítez: *Cervantes en Galdós. Literatura e Intertextualidad* (Murcia, Universidad, 1990).

(14) Sobre este asunto puede verse el capítulo II («El pintor Orbaneja o el juego de la realidad y la ficción») de mi trabajo *Úbeda en el «Quijote» (Un motivo de aproximación a la obra cervantina)*, Úbeda, Editorial de Cultura Ubetense, 1986, págs. 19-32.

B) PERSONAJES CONTEMPORÁNEOS

1. Benavides y Fernández-Navarrete, Antonio

Estamos, sin duda, ante una de las personalidades más importantes que dieron las tierras jiennenses en el siglo XIX. Nacido en Baeza (20-6-1807) y muerto en Villacarrillo (23-1-1888), comenzó su carrera como político en 1837, dentro del partido moderado, al ser elegido diputado por Jaén, y llegó a ser ministro de varios gabinetes (1847, 1852-53, 1864-65). Fue académico de la Historia (institución de la que fue Director), de la Lengua y de Ciencias Morales y Políticas. Publicó numerosos e importantes estudios históricos (15). Su presencia en las obras de Pérez Galdós no es tan abundante como la de otros políticos decimonónicos, pero sí tenemos, al menos, cuatro referencias, que nos pueden servir de pauta para comprobar los juicios que por entonces merecía.

1. En la novela *Miau* aparece, junto a otros dos ministros, anunciando el cambio político a los funcionarios, los cuales, desde ese momento, pasaban a ser cesantes. Así lo rememora un desesperado Ramón Villaamil, el cesante protagonista, poco antes de tomar la decisión del suicidio: «Cuando un don Claudio Moyano, un don Antonio Benavides o un marqués de Novaliches le dicen a uno: «Amigo Villaamil, ya estamos mandados recoger», es que el mundo se acaba. Bien dice Mendizábal que la política ha caído en manos de mequetrefes» (*Miau*, cap. XXI, OC-N, II, pág. 1043b).

Evidentemente, este pensamiento lo expone Villaamil, funcionario afín al partido liberal, que ha quedado cesante al llegar los moderados. De ahí el juicio poco favorable a los políticos que acababan de acceder al poder (entre ellos, Benavides) que pone en boca del ministro liberal Juan Álvarez Mendizábal.

2. En una carta del andaluz don Mariano [Díaz] de Centurión a don Fernando Calpena señala aquél al futuro ministro Benavides como uno de los firmes partidarios de la reina María Cristina: «Después del desastre se ha sabido que anduvieron en el ajo Andrés Borrego, hoy enemigo de la Libertad, y dos caballeros de mi tierra, Istúriz y Benavides, fanáticos por la llamada reina madre. A tientas adivinando la conspiración antes que cono-

(15) Para más detalles bio-bibliográficos puede verse el *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino*, de M. Caballero Venzalá, T. I, Jaén, IEG, 1979, núm. 1997-2016.

ciéndola andaba en aquellos días el Gobierno y en su perplejidad acertó en una de las medidas tomadas el 7 por la mañana» (*Los ayacuchos*, cap. VI, OC-EN, II, pág. 1168b).

3. Estando don Saturnino de Socobio y su esposa doña Eufrasia Carrasco comentando los cambios políticos, dice ella a don Cándido: «Hable usted de esto a los hidrónicos de credenciales, a los Mones y Pidales y Canga-Argüelles, a don Fernando Muñoz, a los Collantes, a Sartorius, al mismo don Juan, a Benavides, con ser tan puritano» (*Narváez*, cap. XXIII, OC-EN, II, pág. 1534a).

Se refiere al gobierno de 1847, presidido por Joaquín Francisco Pacheco y Gutiérrez Calderón, conocido como Gabinete de «Puritanos» (rama escindida en 1845 del Partido moderado), en el que Benavides fue ministro de la Gobernación.

4. Encontramos, finalmente, una triple cita en otro *Episodio*. En una conversación entre Manolo Tarfe y doña Eufrasia Carrasco, comenta ésta: «Me consta también que don Pedro Egaña no haría *fu* y que se dejarían querer otros que han comido con Narváez, como Alejandro Castro, quizá Benavides...». Y más adelante, hablando de un cambio de gobierno, señala el narrador: «Era el Ministerio del marqués de Miraflores, que caía de un empujón dado por el Senado. El respetable hombre de la *insaculación* y de los templados procederes fue sustituido por don Lorenzo Arrazola, con Lersundi, Benavides y Moyano, todos ellos de lo que se llamaba *moderantismo histórico*». Y agrega: «En efecto, Benavides reformó las listas electorales a petición de la gente del Progreso y recomendó a los gobernantes que no fueran verdugos de los candidatos de oposición. Parecía que iban las cosas por buen camino; pero en esto se le ocurre a doña Isabel ponerse fuera de cuenta; llega el día del alumbramiento; delega sus poderes en el rey don Francisco, y mientras su majestad daba a España una infantita, ¡cataplum!, abajo el Ministerio histórico y venga otro con don Alejandro Mon a la cabeza». (*Prim*, cap. VIII y X, OC-EN, III, págs. 552a y 557b).

En la primera de estas referencias queda patente la colaboración del político baezano con Narváez, en tanto que las otras dos aluden al gobierno formado en 1864 por Lorenzo Arrazola (del que Benavides formó parte como ministro de la Gobernación, con importantes actuaciones, según el propio Galdós constata aquí) y a un nuevo cambio en ese mismo año, cuyo gabinete presidirá Alejandro Mon.

2. Benavides y Fernández-Navarrete, Francisco de Paula

Hermano del anterior (había nacido en la misma ciudad de Baeza, 14-5-1810), dirigió sus pasos hacia la carrera eclesiástica. Desempeñó diversos cargos en la diócesis de Jaén y llegó a ocupar altos puestos en la jerarquía española: Obispo de Sigüenza (1857), Cardenal (1870), Patriarca de las Indias (1875), Arzobispo de Zaragoza (1881). Falleció en esta última ciudad el 30-3-1895 (16).

Su figura no queda muy bien parada en uno de los *Episodios*, ya que, si bien en calidad de Patriarca de las Indias asiste a la reina doña Mercedes en los momentos previos a la muerte, parece más preocupado por defender su cuota de poder ante el Primado de España, rival suyo y no menos instigador.

Al narrar estos acontecimientos, se dice: «En la noche del 24 al 25 [de junio de 1878] se inició ligera remisión en la enfermedad. Las salas próximas a la regia alcoba parecían un campamento; aquí y allá, recostados en los lujosos divanes, daban descanso a sus fatigados huesos Montpensier, la princesa de Asturias, los cardenales Moreno y Benavides y los palatines de servicio».

El mismo personaje nos vuelve a salir en el capítulo XX, con motivo de los preparativos de la presentación y bautizo de la infanta: «Mayores disturbios y disputas más agrias produjeron las ridículas cuestiones de etiqueta suscitadas en las solemnidades de la presentación y bautizo de la infanta, a quien dieron el nombre de María de las Mercedes. Los cardenales Moreno, primado de las Españas, y Benavides, patriarca de las Indias, se tiraron las mitras a la cabeza –valga la figura– por si correspondía al uno o al otro el honor de administrar el Sacramento. Ambos prelados y sus parciales se lanzaron a enfadosas polémicas en lo restante del año 80, sosteniendo cada cual sus pretendidos derechos» (*Prim*, cap. VIII y X, OC–EN, III, págs. 552a y 557b).

3. Chico de Jaén, Un

En el café de Amato, en la calle madrileña de la Montera, se comentan las representaciones de óperas italianas, muy de moda entonces. Varias per-

(16) Cfr. Manuel Caballero Venzalá: *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino*, T. I, Jaén, IEG, 1979, núms. 2017-2022.

sonas tararean algunos fragmentos, entre ellas, «un chico de Jaén, bajo profundo, repetía las graves notas del *Mosé: Eterno inmenso, incomprensible Dio*» (*Bodas reales*, cap. XVI, OC-EN, II, pág. 1298a).

4. Coello y Quesada, Diego

No podían faltar en la obra galdosiana, magno fresco de la sociedad española del siglo XIX, las alusiones al mundo del periodismo, tan importante en aquella época. Y es aquí donde nos aparece la figura de Diego de Portugal y Quesada, nacido en Jaén (19-8-1820) y muerto en Roma (5-4-1897), destacado colaborador en la prensa madrileña, faceta a la que hay que unir su actividad política y diplomática (17).

1. A la hora de describir el ambiente de la plaza madrileña de Oriente, a la que acudía todo tipo de gentes para charlar sobre política, se nos dice: «En aquel coro vocinglero solían introducirse algunos diputados... También hociaban en el grupo periodistas jóvenes, como Ángel Fernández de los Ríos, Coello y Quesada, Villergas y otros... Si todo lo que tantas bocas hablaban se refiriese, no habría libros ni biblioteca bastante capaces para contenerlo; entre millones de palabras vanas, algún juicio gracioso y picante, algún relato en que vibraba la verdad merecerían la reproducción» (*Bodas reales*, cap. IX, OC-EN, II, pág. 1277b).

2. En el apunte de las memorias del protagonista correspondiente al 24 de febrero (1854), al referirse a los problemas de orden en que se vieron implicados los redactores de varios periódicos, se especifica: «Más listos otros, supieron imitar la viveza escurridiza del sagaz O'Donnell, dándose buena maña para no estar en sus casas ni en las redacciones cuando se personó en ellas la Policía para ofrecerles cortésmente sus respetos. No han sido habidos Fernández de los Ríos, ni Montemar, ni Romero Ortiz, ni Barrantes, de *Las Novedades*; volaron también Coello, de *La Época*, y Lorenzana, de *El Diario Español*» (*La revolución de julio*, cap. VIII, OC-EN, III, pág. 34b).

Por entonces, en efecto, el periodista jiennense estaba al frente de *La Época*, rotativo que dirigió desde su inicio (1849) hasta 1856, fecha en que comienza su actividad parlamentaria, y en el que más tarde aparece como colaborador esporádico (1883-1888).

(17) Cfr. Manuel Caballero Venzalá: *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino de Jaén*, T. II, Jaén, IEG, 1986, núms. 1817-1821.

5. Gómez Damas, Miguel

El personaje jiennense que tiene una presencia mayor en la obra narrativa de Pérez Galdós es este general nacido en Torredonjimeno (5-6-1785) y muerto en Burdeos (16-6-1864), famoso, sobre todo, por la famosa expedición que protagonizó en 1836 con el fin de lograr adeptos a la causa carlista, en la que logró recorrer casi toda la geografía española, sin que las fuerzas leales a la reina consiguieran detenerlo (18). Más tarde, sin embargo, al cambiar el rumbo de los acontecimientos, se vería obligado a exiliarse a Francia, de donde ya no regresaría.

Es bien conocido que Galdós no sentía simpatía alguna hacia los carlistas, hecha la excepción de Zumalacárregui, en quien admira la firme lucha por la defensa de un ideal, según puede comprobarse en las páginas del *Episodio* al que da título. La postura del novelista con respecto al general Gómez no llega, por supuesto, a los elogios que años más tarde le tributaría otro insigne escritor, Pío Baroja, quien le dedicó varias páginas llenas de admiración y hasta se permitió, un siglo después (en 1935), repetir el mismo recorrido de la «Expedición» con el fin de comprobar qué recuerdos quedaban de aquella magna gesta militar en los lugares que habían sido su escenario (19). No obstante, es bien significativo que el escritor canario recuerde a nuestro personaje (en especial su «Expedición») —si no me ha fallado el recuento— en siete *Episodios* y una novela. Su opinión es más ecléctica y viene determinada, lógicamente, por la condición del personaje que habla. Veámoslo en cada uno de los ocho casos.

1. El protagonista de la primera serie de los *Episodios*, Gabriel Araceli, se refiere a él de esta forma tan positiva: «No sé si he nombrado a todos los pequeños grandes hombres que entonces nos salvaron y que, en su breve paso por la Historia, dejaron la semilla de los Misas, Trapense, Bessières, el Pastor, Merino, Ladrón, quienes a su vez crearon a sus pechos a los Rochapea, Cabrera, Gómez, Gorostidi, Echevarría, Eraso, Villarreal, padres de los Cucala, Olló, Santés, Radica, Valdespina, Samaniego, Tristany, varones coetáneos que también engendrarán su pequeña prole para lo futuro» (*Juan Martín el Empecinado*, cap. V (OC-EN, I, pág. 976b).

(18) Sobre este asunto puede verse el estudio de Alfonso Bullón de Mendoza Gómez de Valugera: *La expedición del general Gómez*, Madrid, Editora Nacional, 1984.

(19) A este asunto dediqué hace algún tiempo un trabajo («Pío Baroja y Jaén a través de la figura del general Gómez», *Boletín del Instituto de Estudios Jiennenses*, núm. 135, 1988, págs. 89-106).

2. Tampoco es negativa la visión que nos ofrecen algunos personajes que habían conocido y tratado al general. En un diálogo que mantienen el capellán don Ceferino Ibarburu y el clérigo don José Fago, dice éste:

«Dígame una cosa antes de dormirse. Y usted, tanto tiempo en la guerra, capellán de Iturralde, capellán de Eraso, capellán de Gómez, ¿no se ha sentido alguna vez, con el contacto diario de esos nobles guerreros, no se ha sentido... pues...?»

—¿Belicoso? —dijo Ibarburu, anticipándose a la expresión completa del pensamiento—. No, amigo mío. No sirvo para eso».

Sobre la relación de ambos personajes, se nos detalla más adelante lo siguiente: «Por este tiempo, y hallándose el Cuartel real y el ejército en el valle de Araquil, tuvo Fago ocasión de tratar a Gómez, que mandaba dos batallones; mozo despierto y valentísimo, a quien, andando el tiempo, había de hacer famoso la audaz expedición o correría que en la Historia lleva su nombre. Por un cambalache de caballos entraron en relaciones, y comieron juntos y merendaron más de una vez. Era Gómez franco y decidor; Fago, taciturno; por esta diferencia quizá simpatizaron».

Y más adelante, al relatar las acciones victoriosas de los carlistas, nos aparece de nuevo: «Reanudadas las operaciones, Zumalacárregui mandó a Gómez a Vizcaya, donde se unió al guerrillero Sarasa, y juntos atacaron a Guernica. Los generales Iriarte y Espartero salieron mal librados. No bien se enteró de la toma de Guernica, don Tomás fue contra Treviño, plaza fortificada...» (*Zumalacárregui*, cap. VIII, IX y XXVII, OC-EN, II, págs. 343a, 344a, 399b).

3. Sí se aprecia una nota negativa en la carta que lee en su despacho Mendizábal y en la que no figuran buenas noticias. Allí se le comunica, entre otras cosas: «Que la frontera está infestada de frailes trashumantes y perdizos, que huyen de las degollinas de Zaragoza, y muchos de ellos, transfigurados de la noche a la mañana, se afilian en el ejército de Gómez o de Villarreal...» (*Mendizábal*, cap. XXXI, OC-EN, II, p. 524a).

4. En la misma línea se mueve la alusión que figura en otro de los *Episodios* sobre la situación del momento, donde se dice: «Todo el interés de la guerra lo absorbían entonces las atrevidas expediciones de Gómez y de don Basilio. El primero se paseaba por las Castillas y Extremadura como por su casa, y el segundo regresaba a las Provincias después de haber aso-

lado la Rioja, Soria y corrióse por el riñón de Castilla hasta muy cerca de La Granja» (*Luchana*, cap. VIII, OC-EN, II, pág. 669b).

5. De las desavenencias entre Gómez y el general Cabrera, también defensor de la misma causa, aunque de carácter diametralmente distinto, se nos habla en dos momentos del *Episodio* que sigue al anterior. Así, refiriéndose a las acciones militares de los carlistas, se dice: «En septiembre del año anterior habíase unido Cabrera en Utiel a la expedición de Gómez. Juntos recorrieron Cuenca, Albacete, la Mancha, Andalucía y Extremadura... Si las tropas cristinas que les perseguían no pudieron deshacerles, tampoco ellos lograron su intento de sublevar las comarcas que invadían. Un correr continuo; exacciones y rapiñas en ciudades y aldeas; aislados lances de guerra, sin plan ni concierto, gloriosos unos para los liberales, como el de Villarrobledo, ventajosos otros para los carlistas, pero sin que de ninguno resultara el aniquilamiento de la expedición, ni tampoco su triunfo; tal fue la obra combinada de Cabrera y Gómez, caracteres antitéticos, de cuya unión no podía resultar nada eficaz. La falta de engranaje entre uno y otro temperamento militar fue marcándose en desavenencias, luego en discordias, y los dos cabecillas, que juntos no podían formar una cabeza, riñeron al fin, a la vuelta de Cáceres, campando cada uno por sus respetos» (pág. 786b).

Más adelante, en conversación entre el carlista Ramón Cabrera y el conspirador Beltrán de Urdaneta, alude éste a nuestro personaje: «Pero ¿qué es eso? ¿Se lanza don Carlos a una correría como las de Gómez, Batanero y don Basilio» (pág. 854a). En la contestación del general carlista hace una pintura negativa de la situación política española, en la que no falta la alusión al militar jiennense: «Vendrán de generales el tontaina de don Sebastián, el buey cansino de González Moreno y el bribón de Gómez, a quien yo pondría de capataz de un presidio, que es lo único para que sirve...» (pág. 854a). Urdaneta no puede conciliar el sueño y queda dormido, en tanto que Cabrera sigue pensativo y preocupado: «Recordaba sus desavenencias con Gómez, por cuál mandaba más» (p. 854b) (*La campaña del Maestrazgo*, cap. V y XXVI, OC-EN, II, págs. 786b y 854a-b).

6. A medida que avanza la narración del conjunto de los *Episodios*, van aflorando los tintes negativos sobre el proceder del general Gómez. Se trata, en efecto, de una visión retrospectiva, en la que nuestro personaje aparece ya como un militar derrotado en una sociedad que había optado por otra solución política.

Doña Eufrasia Carrasco, en conversación con el protagonista de la cuarta serie, José García Fajardo, quiere desmentir algunas leyendas sobre la figura del general Narváez, aduciendo, entre otros, este testimonio: «El año treintea y ocho pasó este caballero por un pueblo de la Mancha que se llama Calzada de Calatrava... Iba en persecución del carlista Gómez..., ya sabe usted, la famosa expedición de Gómez [...] ¿Creerán ustedes que este hecho brutal era escarmiento de facciosos porque las víctimas habían dado apoyo al cabecilla Gómez? Pues están muy equivocados, y si la Historia se escribe así, maldita sea mil veces» (*Narváez*, cap. XVIII, OC-EN, II, págs. 1515b-1516a).

7. Diferente es, sin embargo, el caso de aquellos personajes que seguían fieles a los ideales que encarnaba el carlismo y que, por consiguiente, añoraban tiempos pasados. Así ocurre con don José Miguel Choribiqueta, clérigo tradicionalista de Durango, quien dirige al protagonista de la última serie, Tito Liviano, este comentario sobre la situación política del momento: «Y dígame ahora, hágame el favor, dígame: ¿dónde tenemos un Zumalacáregui, un Villarreal, un Gómez, un Zariátegui, un Cabrera?... En cambio, veamos los que han salido a la palestra... Pero ¿no se ríe usted? Yo me descuajo de risa» (*Amadeo I*, cap. XV, OC-EN, III, pág. 1034a).

8. Me detendré, finalmente (aunque la obra fue redactada con anterioridad a los episodios de las series cuarta-sexta de los *Episodios*), en la novela *Miau*, protagonizada por un cesante, afecto, como ya se ha señalado, al partido liberal y que, en consecuencia, no veía con buenos ojos al general carlista, contra el que, además, había luchado.

Ramón Villaamil se topa en una taberna con tres jóvenes, a los que aconseja abandonar Madrid; pero, al aclarar éstos que son «quintos de este reemplazo», les anima a defender la patria esgrimiendo este argumento: «Yo la defendí también saliendo en una compañía de voluntarios cuando aquel pillo de Gómez se corrió hacia Madrid». Sale de la taberna y durante su paseo reflexiona de este modo: «¡Qué tranquilo he almorzado hoy! Desde mis tiempos de muchacho, cuando salimos en persecución de Gómez, no he sido tan dichoso como ahora» (*Miau*, cap. XLII, OC-N, II, págs. 1109b y 1110a).

6. Martínez Molina, Rafael

Destacadísima fue la labor desarrollada en la capital de España por este médico y cirujano (Jaén, 24-XII-1816/14-III-1888), conocido como

«La perla de San Carlos» y que nunca se olvidó de su tierra, según lo prueban sus legaciones testamentarias para escuelas en Jaén y becas de estudiantes de Medicina. También son notables sus colaboraciones en *El Siglo Médico* y otros estudios de su especialidad. Años más tarde de su muerte (concretamente, el 17-11-1901) el pueblo de Madrid le rindió un emotivo homenaje, colocando una lápida conmemorativa en la calle de Atocha donde había vivido (20).

No debe extrañarnos, por tanto, la mención que de él hace Pérez Galdós como médico al que había acudido uno de sus personajes novelescos. En concreto, hablando el protagonista, Máximo Manso, de doña Cándida García Grande, amiga de su madre, nos detalla: «Estaba delicadísima, perdida de los nervios. La habían visto Federico Rubio, Olavide y Martínez Molina, y, por su dictamen, se iba a los baños de Spa» (*El amigo Manso*, cap. VII, OC-N, I, pág. 1204a).

Conviene señalar, a este respecto, la admiración que siempre mostró el novelista canario hacia los médicos, aspecto que deja traslucir en sus novelas, tanto a través de los personajes de ficción creados por él como de los reales (el caso que ahora nos ocupa) que aparecen mencionados. Resulta bien significativa la carta-prólogo, fechada en junio de 1889, que dirige al doctor Tolosa Latour para el libro de éste *Niñerías*. Allí le expresa su reconocimiento por el hecho de que se haya dedicado a la profesión médica y, en especial, a la atención de los niños enfermos. De ahí que afirme lo siguiente: «Por eso envidio a los que poseen la ciencia hipocrática, que considero llave del mundo moral; por eso vivo en continua *flirtation* con la Medicina, incapaz de ser verdadero novio suyo, pues para esto son necesarios muchos perendengues; pero la miro de continuo con ojos muy tiernos, porque tengo la certidumbre de que si lográramos conquistarla y nos revelara el secreto de los temperamentos y de los desórdenes funcionales, no sería tan misterioso y enrevesado para nosotros el diagnóstico de las pasiones» (OC-N, III, pág. 1256b) (21).

(20) Para más detalles sobre este eminente médico pueden verse las breves, pero precisas, notas de Manuel Ossorio y Bernard en su *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX* (Madrid, Imprenta y Litografía de J. Palacios, 1903, pág. 261), así como el documentado estudio de Fermín Palma Rodríguez *Vida y obra del doctor Martínez Molina. Anatómico y cirujano del siglo XIX* (Universidad de Salamanca, Ediciones del Seminario de Historia de la Medicina Española, 1968; Jaén, IEG, 1995).

(21) Me permito recomendar, sobre este particular, el trabajo de Luis S. Granjel: «Personajes médicos en Galdós», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 250-252, 1970-71, págs. 656-663, en cuyo análisis parte, precisamente, de la cita que acabo de reproducir.